

Nota del autor

Cuando tenía quince años, yo encontré a Jesús. Pasé el verano de mi segundo año de bachillerato en un campamento juvenil evangélico del norte de California, un sitio boscoso y de ilimitados cielos azules, donde, con el tiempo y la tranquilidad suficientes y unas afectuosas palabras de ánimo, no podías evitar oír la voz de Dios. Mis compañeros y yo entonábamos canciones entre los lagos artificiales y los majestuosos pinos, y practicábamos juegos e intercambiábamos secretos, divirtiéndonos, libres de las presiones de nuestras casas y escuelas. Al atardecer, nos reuníamos en asamblea en torno a una hoguera encendida en el centro del campamento. Fue allí donde oí la notable historia que cambiaría mi vida para siempre.

Hace dos mil años, me dijeron, en un antiguo país llamado Galilea, nació el Dios del cielo y de la tierra como un niño indefenso. El niño, al crecer, devino un hombre intachable. El hombre se convirtió en Cristo, el salvador de la humanidad. Con sus palabras y sus hechos milagrosos, desafió a los judíos, que se creían los elegidos de Dios y, en respuesta, los judíos lo clavaron en una cruz. Pese a que pudo haberse salvado de tan espantosa muerte, eligió libremente morir. Su muerte es lo que le da sentido a todo: por su sacrificio, todos nos liberamos de la carga de nuestros pecados. Pero la historia no acabó ahí, porque al cabo de tres días, resucitó, glorificado y divino, de modo que todos los que creen en él y lo aceptan en su corazón tampoco morirán nunca, sino que tendrán una vida eterna.

Para un niño criado en una familia heterogénea, compuesta de tibios musulmanes y entusiastas ateos, ésa fue de verdad la más importante historia jamás contada. Nunca antes había sentido yo tan

íntimamente el llamado de Dios. En Irán, el sitio donde nací, yo era musulmán del mismo modo que era iraní. Mi religión y mi adscripción étnica estaban íntimamente unidas la una a la otra. Como mucha gente nacida en una tradición religiosa, mi fe era para mí tan familiar como mi piel y sentía hacia ella la misma indiferencia. Después de que la revolución iraní obligó a mi familia a huir de nuestra patria, la religión en general, y el islam en particular, se convirtió en un tabú en nuestro mundo doméstico. El islam era la clave de todo lo que habíamos perdido a manos de los mulás que ahora gobernaban en Irán. Mi madre aún rezaba cuando nadie la veía, y todavía se podía encontrar un solitario Corán o quizá dos, escondidos en un armario o en un cajón en algún sitio. Pero, en su mayor parte, toda huella de Dios había sido eliminada de nuestras vidas.

A mí ya me parecía bien. Al fin y al cabo, en Estados Unidos y en la década de 1980, ser musulmán era como ser de Marte. Mi fe era una marca, el símbolo más obvio de mi diferencia; debía ser ocultada.

Por otra parte, Jesús, *era* Estados Unidos. Era la figura central en la escena estadounidense. Aceptarlo en mi corazón era lo más cercano posible a sentirme estadounidense de verdad. No quiero decir que la mía haya sido una conversión de conveniencia. Al contrario, yo sentía una ardiente y absoluta devoción por mi recién hallada fe. Me fue presentado un Jesús que no era tanto «Señor y Salvador», sino una especie de amigo íntimo, alguien con quien yo podía mantener una relación estrecha y personal. Como adolescente que trataba de encontrarle sentido a un mundo informe, lo único que percibí fue que se trataba de una invitación que yo no podía rechazar.

Cuando regresé del campamento, comencé a compartir ansiosamente las buenas noticias sobre Jesucristo con mis amigos y familia, mis vecinos y compañeros de escuela, con personas que acababa de conocer o con desconocidos en la calle: con aquellos que escuchaban con agrado y con los que lo rechazaban. Además, ocurrió algo inesperado durante mi misión de salvar las almas del mundo. Cuanto más investigaba la Biblia para enfrentarme a los indecisos y no creyentes, más distancia descubría entre el Jesús de los evangelios y el Jesús histórico: entre Jesús el Cristo y Jesús de Nazaret. En la facultad donde comencé mis estudios formales sobre Historia de las Religio-

nes, esa incomodidad inicial pronto se acrecentó con mis propias y muy molestas dudas.

El fundamento del cristianismo evangélico, por lo menos tal como me fue enseñado, es la creencia incondicional de que cada palabra de la Biblia está inspirada por Dios y es cierta, literal e inequívoca. La súbita comprensión de que esta idea es evidente e irrefutablemente falsa, de que la Biblia está repleta de errores y contradicciones de lo más flagrante y evidente —tal como es de esperar de un documento escrito por cientos de manos y a lo largo de miles de años— me dejó confundido y sin anclaje espiritual. Y así fue como, al igual que mucha gente en mi situación, deseché enfadado mi fe como si fuera una costosa falsificación que me habían embaucado para que comprara. Comencé a replantearme la fe y la cultura de mis antepasados, y encontré en ellos, siendo adulto, una familiaridad más íntima que la que jamás había sentido de niño, como la que procede de recobrar el contacto con un viejo amigo del que uno estuvo alejado durante años.

Entre tanto, continué con mi labor académica de estudios religiosos, ahondando nuevamente en la Biblia, no como creyente incondicional, sino como estudioso inquisitivo. Al no partir forzosamente de la premisa de que las historias que leía eran literalmente ciertas, me di cuenta de que el texto contenía una verdad mucho más significativa, una verdad deliberadamente independiente de las exigencias históricas. Irónicamente, cuanto más estudiaba sobre la vida del Jesús histórico, del turbulento mundo en el que vivió, y acerca de la brutal ocupación romana que él combatió, me sentía más atraído por él. De hecho, los campesinos judíos y revolucionarios que desafiaron al gobierno del más poderoso imperio que el mundo jamás haya conocido y perdido se convirtieron para mí en mucho más reales que los seres distantes, sobrenaturales, que me habían presentado en mi iglesia.

Hoy puedo decir con seguridad que dos décadas de rigurosa investigación académica sobre los orígenes del cristianismo han hecho de mí un discípulo de Jesús de Nazaret más genuinamente comprometido de lo que jamás estuve con Jesucristo. Es mi esperanza difundir con este libro la buena nueva del Jesús de la historia, con el

mismo fervor que en otro tiempo apliqué a la difusión de la historia del Cristo.

Es preciso tener en mente varias cosas antes de que comencemos nuestro análisis. A cada argumento autenticado, exhaustivamente investigado y debidamente acreditado sobre el Jesús histórico, se le contrapone otro igualmente autenticado, exhaustivamente investigado y debidamente acreditado. Más que cargar al lector con el debate de largas centurias sobre la vida y la misión de Jesús de Nazaret, he construido mi narración sobre lo que me parece el argumento más preciso y razonable, basándome en mis dos décadas de investigación académica del Nuevo Testamento y la historia del primer cristianismo. Para quienes tengan interés en el debate, he detallado exhaustivamente mi investigación y, siempre que ha sido posible, he proporcionado los argumentos que ofrecen los que están en desacuerdo con mi interpretación en el extenso apartado de notas que se encuentra al final de este libro.

Todas las traducciones del griego del Nuevo Testamento las he hecho yo (con un poco de ayuda del diccionario de griego de Liddell y Scott). En los pocos casos en que no he traducido directamente un pasaje del Nuevo Testamento, he confiado en la traducción de la *New Revised Standard Version* de la Biblia.* Todas las traducciones del hebreo y el arameo al inglés son del doctor Ian C. Werrett, profesor asociado de Estudios Religiosos de la Saint Martin's University.

A lo largo del texto, todas las referencias al material de fuente *Q* (el material que se encuentra exclusivamente en los evangelios de Mateo y Lucas) estarán señaladas así: (Mateo | Lucas), de modo que el orden de los libros indica cuál de los evangelios estoy citando más directamente. El lector advertirá que me he basado sobre todo en el Evangelio de Marcos y en el material *Q* para perfilar la trayectoria de Jesús. Se debe a que éstas son las fuentes más antiguas y fiables de las que disponemos sobre la vida del Nazareno. En general, he optado por no ahondar demasiado en los llamados evangelios gnósticos. Aunque esos textos son inmensamente importantes para conocer la

* Versión interconfesional estadounidense de la Biblia publicada por vez primera en 1989. (*N. del E.*)

gran variedad de opiniones que había entre la primitiva comunidad cristiana sobre quién era Jesús y cuál era el significado de sus enseñanzas, no arrojan demasiada luz sobre el propio Jesús histórico.

Aunque existe un acuerdo casi unánime acerca de esta cuestión, con la posible excepción de los Hechos de los Apóstoles y el Evangelio de san Lucas, los evangelios no fueron escritos por las personas cuyo nombre los identifica, para mayor facilidad y en beneficio de la claridad, continuaré refiriéndome a los autores de los evangelios con el nombre con que los conocemos y reconocemos en la actualidad.

Finalmente, de acuerdo con la convención académica, en este texto se emplea en las fechas e. c., o «era común», en lugar de d. C.; y a. e. c., en lugar de a. C. También se hace referencia al Antiguo Testamento con los términos más apropiados «Biblia hebrea» o «Escrituras hebreas».

Introducción

Es un milagro que no sabemos nada acerca del hombre llamado Jesús de Nazaret. El predicador ambulante, que vagaba de pueblo en pueblo, clamando sobre el fin del mundo, acompañado por una banda de andrajosos seguidores, era una estampa común en la época de Jesús; tan común, de hecho, que se convirtió en una especie de caricatura entre la élite romana. En un fragmento cómico precisamente sobre esta figura, el filósofo griego Celso imagina a un santón judío vagabundeando por la campiña galilea, gritándole al viento: «Yo soy Dios, o el servidor de Dios, o un espíritu divino. Pero he venido porque el mundo está agonizando, a punto de la destrucción. Y vosotros pronto me veréis llegar con el poder del cielo».

El siglo I fue una era de expectativas apocalípticas entre los judíos de Palestina, la denominación romana del extenso territorio que incluye el moderno Israel/Palestina, así como gran parte de Jordania, Siria y Líbano. Innumerables profetas, predicadores y mesías vagaban por Tierra Santa, difundiendo mensajes sobre la inminencia del juicio divino. A muchos de los «falsos mesías» los conocemos por sus nombres. A varios de ellos, incluso se los menciona en el Nuevo Testamento. El profeta Teudas, según Hechos de los Apóstoles, tenía cuatrocientos discípulos antes de que Roma lo capturase y lo decapitase. Un carismático y misterioso personaje conocido únicamente como «el Egipcio» formó un ejército de seguidores en el desierto, la práctica totalidad de los cuales fueron masacrados por las tropas romanas. En el 4 a. e. c., año en que la mayoría de los investigadores creen que nació Jesús de Nazaret, un humilde pastor llamado Atronges se puso una diadema en la cabeza y se coronó a sí mismo como «rey de los

judíos»; tanto él como sus seguidores fueron brutalmente asesinados por una legión de soldados. Otro aspirante a mesías, llamado sencillamente «el Samaritano», fue crucificado por Poncio Pilato, pese a que no formó ningún ejército ni desafió a Roma de ninguna manera, lo que indica que las autoridades, percibiendo en el aire la fiebre apocalíptica, se habían vuelto extremadamente sensibles a cualquier indicio de sedición. Estaban también Ezequías, el jefe de los bandoleros; Simón de Perea; Judas el Galileo; su nieto Menahem, Simón bar* Giora y Simón bar Kojba, todos los cuales confesaron tener ambiciones mesiánicas y todos los cuales fueron ejecutados por Roma debido a ellas. A esta lista puede añadirse la secta de los esenios, algunos de cuyos miembros vivían recluidos en lo alto de la desértica planicie de Qumrán, en la orilla noroeste del mar Muerto; el partido judío revolucionario de la primera centuria, conocido como los zelotes, que contribuyó al lanzamiento de una sangrienta guerra contra Roma; y los temibles bandidos y asesinos que los romanos apodaron los sicarios (hombres de la daga o cuchilleros),** y el cuadro que surge de la Palestina del siglo I es el de una época inundada de energía mesiánica.

Es difícil situar a Jesús de Nazaret exactamente en alguno de los movimientos político-religiosos conocidos de su tiempo. Era un hombre de profundas contradicciones: un día predicaba un mensaje de exclusión racial («No fui enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel»; Mateo 15:24), y al siguiente, uno de benevolente universalismo («Id y haced discípulos entre todas las naciones», Mateo 28:19); en ocasiones, llamando a la paz incondicional («Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios», Mateo 5:9), otras, promoviendo la violencia y el conflicto («Y el que nada tenga, que venda su capa y compre una espada»; Lucas 22:36).

* *Bar*, al igual que *ben*, significa en hebreo «hijo (de)». Ambos términos identifican la procedencia de los judíos de la antigüedad y hasta el medievo, ya que no usaban apellidos. (*N. de la T.*)

** De la palabra hebrea *sicá*, que significa «daga», «cuchillo», «navaja» o «arma blanca», en general. (*N. de la T.*)

El problema al tratar de precisar la figura del Jesús histórico es que, fuera del Nuevo Testamento, prácticamente no existe ni rastro del hombre que habría de alterar tan definitivamente el curso de la historia humana. La primera y más fiable alusión no bíblica a Jesús procede del historiador del siglo I Flavio Josefo (100 e. c.).

En un breve pasaje tangencial de su obra *Antigüedades*, Josefo escribe sobre un malvado sumo sacerdote judío llamado Ananías que, después de la muerte del gobernador romano Festo, condenó ilegalmente a cierto «Santiago, el hermano de Jesús, uno al que llaman el mesías», a morir lapidado por haber quebrantado la ley. El fragmento sigue relatando qué le ocurrió a Ananías después de que el nuevo gobernador, Albino, llegara finalmente a Jerusalén.

Por muy fugaz y despectiva que pueda ser esta alusión (la expresión «uno al que llaman mesías» manifiesta un claro desdén), sin embargo tiene un enorme significado para quienes buscan cualquier huella del Jesús histórico. En una sociedad sin apellidos, un nombre tan común como Santiago requiere un apelativo específico —un lugar de nacimiento o el nombre del padre— para distinguirlo de otras personas del mismo nombre que circularan por Palestina (como por ejemplo, Jesús *de Nazaret*). En este caso, el apelativo de Santiago procede de su vínculo fraternal con alguien que Josefo asume le sería familiar a su público. El fragmento no sólo prueba que «Jesús, uno al que llaman mesías», probablemente existió, sino que en el año 94 e. c., cuando fueron escritas las *Antigüedades*, era ampliamente reconocido como el fundador de un nuevo y perdurable movimiento.

Es dicho movimiento, no su fundador, el que recibió la atención de historiadores del siglo II, como Tácito (m. 118) y Plinio el Joven (m. 113), que mencionan a Jesús de Nazaret, pero revelan poco sobre él, salvo que fue detenido y ejecutado; una importante nota histórica, como veremos, pero que arroja poca luz sobre los detalles de su vida. Por lo tanto, no nos queda más que la información que pueda recogerse del Nuevo Testamento.

El primer testimonio escrito que tenemos sobre Jesús de Nazaret procede de las epístolas de Pablo, un temprano seguidor de Jesús que murió en algún momento en torno al año 66 e. c. (Su primera epístola, I Tesalonicenses, puede datarse entre el 48 y el 50 e. c., un par

de décadas después de la muerte de Jesús.) Lo malo de Pablo es que demuestra una extraordinaria falta de interés en el Jesús histórico. Solamente tres episodios de la vida de Jesús se mencionan en sus epístolas: la Última Cena (I Corintios 11:23-26), la crucifixión (I Corintios 2:2) y, lo que es fundamental para Pablo, la resurrección, sin la cual, asegura, «vana es entonces nuestra prédica, vana es también vuestra fe» (I Corintios 15:14). Pablo puede ser también una magnífica fuente para los interesados en la primitiva formación del cristianismo, pero es una mala guía para descubrir al Jesús histórico.

Eso nos deja los evangelios, que presentan también su problemática propia. Para empezar, con la posible excepción de Lucas, ninguno de los evangelios fue escrito por la persona con cuyo nombre se lo denomina. En realidad, sucede lo mismo en casi todos los libros del Nuevo Testamento. Lo que se ha dado en llamar «obras seudoepigráficas» —es decir, las atribuidas a un autor concreto, aunque éste no las hubiera escrito— eran extremadamente comunes en el mundo antiguo y eso no significa que debe pensarse que son falsas. Incluir en el título de una obra el nombre de una persona era la manera habitual de indicar que la obra reflejaba las creencias de dicha persona o que representaba su pensamiento. En cualquier caso, los evangelios no están ni fueron nunca pensados para servir como documentación histórica sobre la vida de Jesús. No son relatos de testigos presenciales de las palabras y acciones de Jesús, escritos por personas que lo conocieron. Son testimonios de fe, compuestos por comunidades de creyentes y escritos muchos años después de los acontecimientos que describen. Por decirlo simplemente, los evangelios nos hablan sobre Jesús el Cristo, no sobre Jesús el hombre.

La teoría más ampliamente aceptada sobre la elaboración de los evangelios, la «teoría de las dos fuentes», sostiene que el relato de Marcos fue escrito inicialmente en algún momento posterior al 70 e. c., unos cuarenta años después de la muerte de Jesús. Marcos tenía a su disposición una serie de tradiciones orales, y puede que también unas cuantas escritas, que habían ido circulando entre los primeros seguidores de Jesús durante años. Añadiendo una narración cronológica a esa mezcla de tradiciones, Marcos creó un género literario enteramente nuevo, llamado *evangelio*, que en griego significa

«buena nueva». Sin embargo, el Evangelio de Marcos es corto y algo insatisfactorio para muchos cristianos. No hay en él relatos de la infancia de Jesús, que se limita a presentarse un día en la orilla del río Jordán para que lo bautice Juan el Bautista. No hay apariciones tras la resurrección. Jesús es crucificado. Su cuerpo se deposita en una tumba. A los pocos días, la tumba está vacía. Hasta los primitivos cristianos necesitaban algo más que ese parco relato sobre la vida de Jesús y su ministerio, de modo que se dejó a los sucesores de Marcos —Mateo y Lucas— la mejora del texto original.

Dos décadas después de Marcos, entre el 90 y el 100 e. c., los autores de los evangelios de Marcos y Lucas, trabajando independientemente uno del otro y con el manuscrito de Marcos como modelo, actualizaron la historia del evangelio, añadiéndole sus propias tradiciones, incluyendo dos relatos distintos y contradictorios de la infancia de Jesús, al igual que una serie de complejas historias de la resurrección, para satisfacer a sus lectores cristianos. Mateo y Lucas también se basaron en lo que debió ser una primitiva colección, que fue ampliamente difundida, de las palabras de Jesús, que los investigadores denominaron *Q* (del alemán *Quelle*, o sea, «fuente»). Pese a que no contamos con ningún ejemplar tangible de ese documento, podemos inferir su contenido recopilando los versículos que comparten Mateo y Lucas, pero que no aparecen en Marcos.

Estos tres evangelios juntos —los de Marcos, Mateo y Lucas— se conocen como *sinópticos* (en griego, «vistos juntos»), porque presentan un relato y una cronología más o menos coincidentes sobre la vida y el ministerio de Jesús, muy distintos del cuarto evangelio, el de Juan, probablemente escrito poco antes de que acabara el siglo I, entre los años 100 y 120 e. c.

Ésos son, pues, los evangelios canónicos. Pero no son los únicos. Hoy tenemos acceso a una completa biblioteca de escrituras no canónicas, en su mayoría de los siglos II y III, que ofrecen una perspectiva enteramente distinta de la vida de Jesús de Nazaret. Incluyen el Evangelio de Tomás, el Evangelio de Felipe, el Libro Secreto de Juan, el Evangelio de María Magdalena y multitud de otros escritos denominados *gnósticos*, manuscritos cristianos descubiertos en el Alto Egipto, cerca de la localidad de Nag Hammadi, en 1945. Pese

a que han quedado fuera de lo que se convertiría en el Nuevo Testamento, esos libros son importantes porque demuestran las radicales divergencias de opinión que existen acerca de quién fue Jesús y el significado de su figura, incluso entre aquellos que declaraban haberlo acompañado en su camino, haber compartido su pan y comido con él, escuchado sus palabras y rezado junto a él.

Al final, sólo hay dos contundentes hechos históricos sobre Jesús de Nazaret en los cuales podemos confiar con seguridad: el primero es que Jesús fue un judío, que lideró un movimiento popular judío en Palestina, al comienzo de la primera centuria de la era común; el segundo es que Roma lo crucificó por ello. Esos dos hechos, por sí mismos, no ofrecen un retrato completo de la vida del hombre que vivió hace dos mil años. Pero si se combinan con todo lo que sabemos sobre la tumultuosa época en la que Jesús vivió —y gracias a los romanos, sabemos mucho—, pueden contribuir a pintar un retrato de Jesús de Nazaret más preciso históricamente que el que nos ofrecen los evangelios. De hecho, el Jesús que surge de ese ejercicio histórico —un revolucionario zelote involucrado, como todos los judíos de aquel momento, en la vorágine religiosa y política de la Palestina del siglo I— guarda poca semejanza con la imagen del amable pastor cultivada por las primeras comunidades cristianas.

Es preciso considerar lo siguiente: la crucifixión era una pena que Roma reservaba casi exclusivamente para los delitos de sedición. La placa que los romanos colocaron encima de la cabeza de Jesús mientras él se retorció de dolor —«Rey de los judíos»— se llamaba *titulus* y, contra lo que se suele creer, no era un sarcasmo. A cada delincuente que colgaba de una cruz se le ponía una placa, indicando el delito específico por el cual lo ejecutaban. El delito de Jesús, a ojos de los romanos, era haber intentado ser rey (es decir, traición), el mismo crimen por el que fueron ejecutados casi todos los demás aspirantes a mesías de aquel tiempo. Jesús tampoco murió solo. Los evangelios explican que a cada lado de Jesús colgaban unos hombres que se llamaban *lestai*, una palabra griega que se suele traducir como «ladrones», pero que en realidad significa «bandidos» y que era la denominación más común de Roma para los insurrectos o rebeldes.

Tres rebeldes en una colina cubierta por cruces, cada una de las

cuales soportaba el cuerpo torturado y ensangrentado de un hombre que se había atrevido a desafiar el poder de Roma. Esa sola imagen basta para arrojar dudas sobre el retrato que los evangelios ofrecen de Jesús como alguien incondicionalmente pacífico, casi completamente aislado de los disturbios de su tiempo. La idea de que el jefe de un movimiento mesiánico popular, que llamaba a la instauración de un «reino de Dios» —un término que debió ser entendido por judíos y gentiles como una rebelión implícita contra Roma—, pudiera permanecer al margen del fervor revolucionario que se había apoderado de la práctica totalidad de los judíos de Judea es sencillamente ridícula.

¿Por qué los autores de los evangelios habrían ido tan lejos para moderar el carácter revolucionario del mensaje y el movimiento de Jesús? Para responder a esta pregunta necesitamos, en primer lugar, reconocer que casi todos los relatos evangélicos sobre la vida y la misión de Jesús de Nazaret fueron elaborados *después* de la rebelión contra Roma del año 66 e. c. Ese año, una banda de judíos rebeldes, imbuidos de fervor por Dios, incitaron a sus compañeros también judíos a la rebelión. Milagrosamente, los rebeldes consiguieron liberar Tierra Santa de la ocupación romana. Durante cuatro años gloriosos, la ciudad de Dios estuvo nuevamente bajo control judío. Pero luego, en el 70 e. c., los romanos regresaron. Después de un breve sitio de Jerusalén, los soldados quebrantaron las defensas de la ciudad y desataron una orgía de violencia contra sus residentes. Sacrificaron como animales a todos cuantos se cruzaron en su camino, amontonando cadáveres en el monte del Templo. Un río de sangre fluyó por las calles adoquinadas. Cuando acabó la masacre, los soldados incendiaron el templo de Dios. El fuego se extendió hasta más allá del monte del Templo y se propagó por la campiña de Jerusalén, las granjas, los olivos. Ardió todo. Tan completa fue la devastación perpetrada en la Ciudad Santa que Josefo escribió que no había quedado nada que probase que Jerusalén había sido habitada alguna vez. Decenas de miles de judíos fueron masacrados. Los demás fueron expulsados de la ciudad cubiertos de cadenas.

El trauma espiritual que debieron afrontar los judíos al despertar de ese catastrófico evento es difícil de imaginar. Exiliados de la tierra

que les había sido prometida por Dios, forzados a vivir marginados entre los paganos del Imperio romano, los rabinos del siglo II, gradual y deliberadamente, alejaron el judaísmo del nacionalismo radical mesiánico que había puesto en marcha el infortunado intento de la guerra contra Roma. La Torá* reemplazó al templo como centro de la vida judía, y surgió el judaísmo rabínico.

También los cristianos sentían la necesidad de distanciarse del fervor revolucionario que había llevado al saqueo de Jerusalén, no sólo porque eso permitió a la Iglesia primitiva evitar la cólera de una Roma profundamente vengativa, sino también porque con la religión judía convertida en paria, los romanos se convirtieron en el primer objetivo de la evangelización eclesiástica. Así comenzó el largo proceso de transformar a Jesús, de un nacionalista revolucionario judío en un pacífico líder espiritual, sin interés en ningún asunto terrenal. Ése era un Jesús que los romanos podían aceptar, y de hecho lo hicieron al cabo de tres siglos, cuando el emperador romano Flavio Teodosio (m. 395) convirtió el movimiento de los predicadores judíos ambulantes en religión oficial del Estado, y nació lo que hoy reconocemos como cristianismo ortodoxo.

Este libro es un intento de recuperar, en la medida de lo posible, al Jesús de la historia, al Jesús anterior al cristianismo: la conciencia política revolucionaria judía que, hace dos mil años, anduvo por la campiña galilea, reuniendo seguidores para un movimiento mesiánico, con el objetivo de establecer el reino de Dios, pero cuya misión fracasó cuando, después de una entrada subversiva en Jerusalén y un ataque sin tapujos al templo, fue detenido y ejecutado por Roma, por el delito de sedición. También trata de cómo las consecuencias del fracaso de Jesús para establecer el reinado de Dios en la tierra llevaron a sus discípulos a la reinterpretación no sólo de su misión e identidad, sino también de la verdadera naturaleza del mesías judío.

Hay quienes consideran que un empeño como éste es una pérdida de tiempo, pues creen que el Jesús de la historia está irremediablemente perdido y es imposible de recuperar. Lejos quedan los

* Término hebreo que designa al Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia hebrea: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. (*N. de la T.*)

estimulantes días de «la búsqueda del Jesús histórico», cuando los investigadores afirmaban confiados que los instrumentos científicos modernos y la investigación histórica nos permitirían descubrir la verdadera identidad de Jesús. El Jesús *real* ya no interesa, argumentan los investigadores. En lugar de eso, debemos centrarnos en el único Jesús que nos es accesible: Jesús *el Cristo*.

Doy por sentado que escribir una biografía de Jesús de Nazaret no es como escribir una biografía de Napoleón Bonaparte. La tarea es algo semejante a armar un inmenso puzzle teniendo solamente unas cuantas piezas en la mano; uno no tiene más opción que completarlo basándose en las mejores conjeturas sobre cómo podría ser la imagen entera. Al eminente teólogo cristino Rudolf Bultmann le gustaba decir que la búsqueda del Jesús histórico es, en definitiva, una búsqueda interior. Los investigadores tienden a ver al Jesús que quieren ver. Con demasiada frecuencia se ven *a sí mismos* —su propio reflejo— en la imagen de Jesús que construyen.

Sin embargo, las mejores conjeturas pueden bastar para, por lo menos, cuestionar nuestros supuestos más básicos sobre Jesús de Nazaret. Si exponemos los argumentos de los evangelios al calor de los análisis históricos, podemos purgar las Escrituras de sus florituras literarias y teológicas y delinear un cuadro mucho más preciso del Jesús de la historia. De hecho, si nos comprometemos firmemente a situar a Jesús dentro del contexto social, religioso y político de la época en la que vivió —marcada por una revuelta contra Roma que transformaría para siempre la fe y la práctica del judaísmo—, entonces, de alguna manera, su biografía se escribiría por sí sola.

Puede que el Jesús que aún no ha sido descubierto no sea el que esperamos; ciertamente no será el Jesús que muchos cristianos modernos reconocerían. Pero, en definitiva, es el único Jesús al que podemos acceder utilizando medios históricos.

Todo lo demás es cuestión de fe.

Cronología

- 164 a. e. c. Rebelión de los Macabeos
 - 140 Fundación de la dinastía asmonea
 - 63 Pompeyo el Grande conquista Jerusalén
 - 37 Herodes el Grande es nombrado rey de los judíos
 - 4 Muere Herodes el Grande
 - 4 Rebelión de Judas el Galileo
- 4 a. e. c. – 6 e. c.: Nacimiento de Jesús de Nazaret
 - 6 e. c.: Judea se convierte oficialmente en provincia romana
 - 10 Séforis se convierte en la primera sede real de Herodes Antipas
 - 18 Designación de José Caifás como sumo sacerdote
 - 20 Tiberíades se convierte en la segunda sede real de Herodes Antipas
 - 26 Poncio Pilato se convierte en gobernador (prefecto) de Jerusalén
 - 26-28 Inicio del ministerio de Juan el Bautista
 - 28-30 Inicio del ministerio de Jesús de Nazaret
 - 30-33 Muerte de Jesús de Nazaret

- 36 Rebelión de los samaritanos
- 37 Conversión de Saulo de Tarso (san Pablo)
- 44 Rebelión de Teudas
- 46 Rebelión de Jacob y Simón, hijos de Judas el Galileo
- 48 Pablo escribe su primera epístola:
I Tesalonicenses
- 56 Asesinato del sumo sacerdote Jonatán
- 56 Pablo escribe la última epístola: Romanos
- 57 Rebelión del Egipto
- 62 Muerte de Santiago, el hermano de Jesús
- 66 Muerte de Pablo y de Pedro apóstol en Roma
- 66 La Gran Revuelta Judía
- 70 Destrucción de Jerusalén
- 70-71 Redacción del Evangelio de Marcos
- 73 Los romanos capturan Masada
- 80-90 Redacción de la epístola de Santiago
- 90-100 Redacción de los evangelios de Marcos y Lucas
- 94 Josefo escribe las *Antigüedades*
- 100-120 Redacción del Evangelio de Juan
- 132 Rebelión de Simón bar Kojba
- 300 Compiladas las *Pseudo Clementinas*
- 313 El emperador Constantino emite el Edicto de Milán
- 325 Concilio de Nicea
- 398 Concilio de Hipona

PRIMERA PARTE

¡Despierta! ¡Despierta!
Vístete de poder, ¡oh, Sión!
Vístete tu ropa hermosa, oh, Jerusalén, ciudad santa;
porque nunca más vendrá a ti incircunciso ni inmundo.
Sacúdete del polvo; levántate,
oh, cautiva Jerusalén;
suelta las ataduras de tu cuello,
oh, cautiva hija de Sión.

ISAÍAS 52:1-2

Prólogo

Otra clase de sacrificio

La guerra contra Roma no comenzó con un choque de espadas, sino con el toque de una daga extraída de la capa de un asesino.

Temporada de festividades en Jerusalén: época en que los judíos de todo el Mediterráneo convergen en la Ciudad Santa, llevando fragantes ofrendas a Dios. En el antiguo culto judío hay una serie de prácticas y celebraciones anuales que únicamente pueden realizarse aquí, en el interior del Templo de Jerusalén, en presencia del sumo sacerdote, que acumula en los días de fiesta más sagrados —Pascua, Pentecostés, el festival de la cosecha de Sucot o Fiesta de las Cabañas— todo lo que pueda embolsarse en forma de pingües honorarios, o *diezmo*, como solía llamarlo, por sus molestias. ¡Y qué molesto era todo aquello! En tales días, la población de la ciudad podía crecer en más de un millón de personas. Se necesitaba todo el esfuerzo de los mozos y el cuerpo sacerdotal en pleno para contener las avalanchas de los peregrinos que debían atravesar las puertas de Hulda, en la muralla sur del templo, para conducir a ese rebaño por las oscuras y cavernosas galerías situadas bajo la plaza del Templo y guiarlos hacia arriba, por el doble tramo de escaleras que lleva a la plaza pública y al mercado, conocido como el patio de los Gentiles.

El Templo de Jerusalén es una estructura más o menos rectangular, de unos quinientos metros de largo por trescientos de ancho, que se yergue en lo alto del monte Moriá, en el extremo oriental de la Ciudad Santa. Sus murallas exteriores están enmarcadas por pórticos cubiertos, cuyos tejados de losa se sostienen mediante hileras e hileras de relucientes columnas de piedra blanca, para proteger a las masas del sol inmisericorde. En el flanco sur del templo está el más

ornamentado y el mayor de los pórticos, el pórtico Real, con una altura de dos plantas, semejante a una gran sala de planta basilical, al típico estilo romano. Ésa es la zona administrativa del Sanedrín, el supremo cuerpo religioso y el más alto tribunal de justicia de la nación judía. También es ahí donde los mercaderes y sucios cambistas de moneda están a la espera de quienes se dirigen hacia las escaleras subterráneas que conducen a la espaciosa y soleada plaza.

Los cambistas tienen un papel vital en el templo. Cobrándote una tasa, te cambiarán tus monedas extranjeras impuras por el *shekel*, el siclo hebreo, única moneda admitida por las autoridades del templo. También recaudan el impuesto de medio siclo que todo adulto varón debe pagar para mantener la pompa y el espectáculo de todo lo que uno ve a su alrededor: las montañas de incienso ardiendo y los incesantes sacrificios, las libaciones de vino y las ofrendas de las primicias de los frutos, el coro de levitas entonando salmos de agradecimiento y las orquestas que tañen las liras y címbalos que los acompañan. Alguien tiene que pagar esas cosas tan necesarias. Alguien tiene que asumir el coste de las ardientes ofrendas que tanto complacen al Señor.

Con el dinero recién cambiado en la mano, ya somos libres para examinar los corrales alineados a lo largo de las murallas periféricas y comprar lo que vayamos a sacrificar: una paloma, una oveja, depende del tamaño de nuestro bolsillo o del tamaño de nuestros pecados. Si lo segundo excede a lo primero, no hay que desesperar. Los cambistas están encantados de ofrecer el crédito necesario para acrecentar el valor de la ofrenda. Hay un código estrictamente legal que regula los animales que se pueden comprar para la bendita ocasión. Tienen que estar libres de manchas. Deben ser domésticos, no salvajes. No pueden ser bestias de carga. Ya sea un buey o un toro, carnero u oveja, deben haber sido criados únicamente para este propósito. No son baratos. ¿Por qué habrían de serlo? El sacrificio en el templo es un objetivo primordial. Es la verdadera razón de ser del templo. Los cánticos, las plegarias, las lecturas, cualquier ritual que tiene lugar aquí, está al servicio de este rito singular y absolutamente vital. La libación de sangre no sólo elimina los pecados, limpia la tierra. La alimenta, renovándola y mejorándola, protegiéndonos a todos de la se-

quía o el hambre, o de algo aún peor. El ciclo de la vida y la muerte que el Señor en su omnisciencia ha decretado depende por completo de los sacrificios. No es el momento de escatimar.

Así pues, compra tu ofrenda, y más vale que sea buena. Entrégasela a uno de los sacerdotes de blancas vestiduras que circulan por la plaza del Templo. Ellos son los descendientes de Aarón, el hermano de Moisés, responsables de mantener los ritos cotidianos del templo: hacer que arda el incienso, que se enciendan las lámparas, que suenen las trompetas y, por supuesto, que se lleven a cabo los sacrificios que se ofrendan. El sacerdocio es una dignidad hereditaria, pero no escasean, desde luego, los sacerdotes durante la temporada de festividades, cuando llegan en tropel, desde sitios distantes, para ayudar en las celebraciones. El templo está abarrotado de ellos, las veinticuatro horas, ya que se van turnando para asegurarse de que los fuegos de los sacrificios se mantengan encendidos día y noche.

El templo está construido como una serie de patios en distintos niveles, cada uno más estrecho, más elevado y más limitado que el anterior. El más periférico, el patio de los Gentiles, donde se adquieren los sacrificios, es una plaza amplia abierta a todos, independientemente de su raza o religión. Si eres judío, sin ninguna tara física (no eres leproso ni paralítico) y te has purificado apropiadamente con un baño ritual, puedes seguir al sacerdote con su ofrenda a través de una cerca en forma de celosía de piedra y pasar al siguiente patio, el de las Mujeres (una placa en la cerca advierte a todos los demás que no vayan más allá del patio exterior o se arriesgan a la pena de muerte). Aquí es donde se almacenan la madera y el aceite para los sacrificios. También es lo más lejos que puede adentrarse cualquier mujer judía en el templo; los hombres judíos pueden continuar subiendo por una estrecha escalera semicircular y cruzar la puerta de Nicanor para acceder al interior del patio de los Israelitas.

Es lo más cerca que estarás nunca de la presencia de Dios. El hedor a carne es imposible de ignorar. Se adhiere a la piel, el pelo, y se convierte en una pestilente carga que no podrás quitarte fácilmente de encima. Los sacerdotes encienden incienso para evitar el hedor y la enfermedad, pero la mezcla de mirra y canela, azafrán e incienso no consigue enmascarar la insoportable fetidez de la ma-

tanza. Aun así, es importante estar donde estás y ser testigo de que tu sacrificio se oficia en el patio contiguo, el de los Sacerdotes. La entrada al mismo se permite únicamente a los sacerdotes y a los funcionarios del templo, porque ahí es donde está el altar: un pedestal con cuatro cuernos, hecho de bronce y madera, de cinco codos de largo por cinco de ancho, que expulsa al aire densas nubes de humo negro.

El sacerdote lleva tu sacrificio hasta una esquina y se lava en un recipiente próximo. Acto seguido, con una sencilla oración, corta el cuello del animal. Un ayudante recoge la sangre en un cuenco para salpicar con ella los cuernos de las cuatro esquinas del altar, mientras el sacerdote destripa y desmiembra cuidadosamente el cadáver. La piel del animal se conserva; alcanzará un buen precio en el mercado. Las entrañas y el tejido graso se eliminan, se suben por una rampa hasta el altar y se colocan directamente encima del fuego eterno. La carne de la bestia se extrae cuidadosamente y se aparta para el festín que los sacerdotes celebrarán después de la ceremonia.

La liturgia se realiza enteramente frente al patio más interior, el sanctasanctorum, una columna de oro y plata en el corazón mismo del complejo del templo. El santuario es el punto más elevado de toda Jerusalén. Sus puertas están tapizadas con tela de color púrpura y escarlata, con bordados que representan la rueda del zodiaco y una panorámica de los cielos. Es ahí donde se concentra físicamente la gloria de Dios. Es el punto donde se unen los reinos del cielo y de la tierra, el centro de toda la creación. El Arca de la Alianza, que contiene los mandamientos de Dios, estuvo aquí en otro tiempo, pero se perdió hace mucho. Ahora no hay nada en el santuario. Es un vasto espacio vacío que sirve para canalizar la presencia de Dios, para canalizar su espíritu divino desde los cielos y llevarlo en ondas concéntricas que atraviesan las cámaras del templo, el patio de los Sacerdotes y el patio de los Israelitas, el patio de las Mujeres y el patio de los Gentiles, para luego superar las murallas porticadas del templo y descender hacia la ciudad de Jerusalén, cruzar los campos de Judea hacia Samaria e Idumea, Perea y Galilea, atravesar el ilimitado imperio de la poderosa Roma y alcanzar el resto del mundo, a todos los pueblos y naciones, todos ellos —lo mismo judíos que gentiles— ali-

mentados y sostenidos por el espíritu del Señor de la Creación, un espíritu que se nutre de una fuente única y de ninguna otra: el santuario interior, el sanctasanctórum, que está en el interior del templo, en la sagrada ciudad de Jerusalén.

La entrada al sanctasanctórum le está prohibida a todos, excepto al sumo sacerdote, que en este momento, 56 e. c., es un joven llamado Jonatán ben Ananías. Como muchos de sus recientes predecesores, Jonatán compró directamente su puesto a Roma, y por un precio considerable, sin duda. La dignidad de sumo sacerdote es lucrativa, limitada a un puñado de familias nobles que van pasándose el cargo entre ellos hereditariamente (los demás sacerdotes suelen ser de orígenes más modestos).

El papel del templo en la vida judía no puede subestimarse. Les sirve a los judíos como calendario y reloj: sus rituales marcan el ciclo anual y configura las actividades del día a día de cada uno de los habitantes de Jerusalén. Es el centro del comercio de toda Judea, su institución financiera principal y su mayor banco. El templo es tanto la morada del Dios de Israel como el sitio donde se asientan las aspiraciones nacionalistas de Israel; no sólo alberga las Sagradas Escrituras y los Rollos de la Ley que mantienen el culto judío, sino que es el principal depósito de los documentos legales, los anales históricos y los registros genealógicos de la nación judía.

A diferencia de sus vecinos paganos, los judíos no tienen una multitud de templos dispersos por todo el país. Hay un solo centro de culto, una fuente única de la divina presencia, un sitio singular y exclusivo donde un judío puede tener comunión con el Dios vivo. Judea es, para cualquier intención o propósito, un «estado-templo». El mismísimo término *teocracia* fue acuñado para describir a Jerusalén. «Algunas personas confiaron los supremos poderes políticos a monarquías —escribió el historiador judío del siglo I Flavio Josefo—, otros a oligarquías, y aun otros a las masas [democracia]. A nuestro legislador [Dios], no obstante, no le atraía ninguna de esas formas políticas, sino que ha dado a su constitución la forma de lo que (si se me permite una expresión artificial) puede denominarse una “teocracia” [*theocratia*], que deposita toda la soberanía y la autoridad en las manos de Dios.»

Hay que ver el templo como una especie de Estado feudal, que emplea a miles de sacerdotes, cantores, mozos, sirvientes y ministros, a la vez que mantiene enormes extensiones de tierra fértil, cultivadas por esclavos del templo, en nombre del sumo sacerdote y para su beneficio. Si a ello añadimos los ingresos extraídos de los impuestos del templo y la constante afluencia de regalos y ofrendas de visitantes y peregrinos —sin mencionar las enormes sumas que pasan por las manos de los mercaderes y cambistas, de las cuales el templo percibe una parte—, es fácil entender por qué tantos judíos consideran a la aristocracia sacerdotal en su totalidad y al sumo sacerdote en particular una banda de avariciosos «amantes del lujo», por citar a Josefo.

Si nos imaginamos al sumo sacerdote Jonatán, de pie ante el altar, con el incienso ardiendo en su mano, es fácil ver de dónde procede esa hostilidad. Incluso sus vestiduras sacerdotales, que le han traspasado sus ricos predecesores, confirman la opulencia del sumo sacerdote. La larga túnica sin mangas, teñida de púrpura (el color de los reyes) y ribeteada con delicadas borlas y minúsculas campanillas de oro cosidas en el dobladillo; el costoso pectoral, con doce piedras preciosas incrustadas, una por cada tribu de Israel; el immaculado turbante colocado encima de su cabeza como una tiara, que tiene en el frontal una placa de oro, donde está grabado el inefable nombre de Dios; los *urim* y *thummim*, una especie de dados sagrados, hechos de madera y hueso, que el sumo sacerdote lleva en una bolsa cerca de su pecho y a través de los cuales revela la voluntad de Dios, echándolos a suertes; todos esos símbolos de ostentación están pensados para representar el exclusivo acceso del sumo sacerdote a Dios. Son lo que hacen de él alguien diferente, lo sitúan aparte de cualquier otro judío del mundo.

Por esta razón sólo el sumo sacerdote puede entrar en el sancta-sanctórum y un solo día del año, en Yom Kipur, el Día de la Expiación, cuando se limpian todos los pecados de Israel. En ese día, el sumo sacerdote se presenta ante Dios para hacer expiación por toda la nación. Si es merecedor de la bendición divina, los pecados de Israel serán perdonados. Si no lo es, una larga cuerda atada a su cintura permite que, si Dios le quita la vida, se pueda sacar su cadáver tirando de ella, sin que nadie entre al santuario y lo contamine.

Por supuesto, ese día, el sumo sacerdote murió, aunque al parecer no fue por la mano de Dios.

Una vez completadas las bendiciones sacerdotales y cantado el *shema* («Oye, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno»), el sumo sacerdote Jonatán se aleja del altar y baja la rampa hacia los patios exteriores del templo. Cuando llega al patio de los Gentiles lo engulle un exaltado frenesí. Los guardias del templo forman una barrera de pureza a su alrededor, protegiéndolo de las impuras manos de las masas. Aun así es fácil para el asesino seguirle el rastro. No necesita guiarse por el cegador reflejo de sus vestiduras cubiertas de alhajas. Solamente le hace falta oír el tintineo de las campanillas del dobladillo de su túnica. Esa peculiar melodía es la señal inequívoca de que el sumo sacerdote está a punto de llegar. De que está a su alcance.

El asesino se abre paso a codazos entre la muchedumbre hasta situarse lo bastante cerca de Jonatán como para agarrar las sagradas vestiduras con una mano invisible, apartarlo de la guardia del templo y mantenerlo inmóvil el tiempo justo para desenvainar la daga y deslizarla a través de su garganta. Otra clase de sacrificio.

Antes de que la sangre del sumo sacerdote se derrame en el suelo del templo, antes de que los guardias puedan reaccionar a la interrupción del avance del sacerdote, antes de que nadie en el patio se entere de lo que ha ocurrido, el asesino ya se ha mezclado entre la multitud.

Y no es de extrañar que sea él quien grita primero: «¡Asesino!»

1

Un agujero en un rincón

¿Quién asesinó a Jonatán ben Ananías cuando recorría el monte del templo en el año 56 e. c.? No hay duda de que había muchos en Jerusalén que anhelaban matar al rapaz sumo sacerdote, y a más de uno le hubiera gustado eliminar por entero al abultado cuerpo sacerdotal del templo. Pero lo que nunca debe olvidarse al hablar de la Palestina del siglo I es que esta tierra —esta tierra santa desde donde el espíritu de Dios flota hacia el resto del mundo— era territorio ocupado. Había legiones romanas acuarteladas en toda Judea. Unos seiscientos soldados romanos vivían en lo alto del propio monte del templo, en el interior de los altos muros de piedra de la fortaleza Antonia, cuya esquina noroeste estaba adosada a la pared del templo. El centurión impuro que avanzaba con su capa roja y coraza bruñida por el patio de los Gentiles, rodeando con la mano la empuñadora de su espada, no era un recordatorio sutil, por si se necesitaba alguno, acerca de quién gobernaba realmente ese lugar sagrado.

La dominación romana sobre Jerusalén comenzó en el año 63 a. e. c., cuando el magistral estratega romano Pompeyo el Grande entró en la ciudad con sus legiones conquistadoras y puso sitio al templo. Para entonces, hacía ya tiempo que Jerusalén había pasado su apogeo económico y cultural. El asentamiento cananeo que el rey David refundó para establecerlo como sede de su reinado, la ciudad que traspasó a su imprevisible hijo, Salomón, que construyó el primer templo de Dios —saqueado y destruido por los babilonios en el 586 a. e. c.—, la ciudad que sirvió como capital religiosa, económica y política de la nación judía durante unos mil años, en la época en

que Pompeyo atravesó sus puertas, era menos reconocida por su grandeza que por el fervor religioso de su problemática población.

Situada en la meseta sur de las frondosas colinas de Judea, entre los picos gemelos del monte Scopus y el monte de los Olivos, y flanqueada por el valle de Cedrón al este y por el escarpado e imponente valle de Gehenna* al sur, Jerusalén, en la época de la invasión romana, era el hogar de una población estable de unas cien mil personas. Para los romanos era un punto irrelevante en el mapa imperial, una ciudad que el elocuente estadista Cicerón despreció como «un agujero en un rincón». Pero para los judíos era el ombligo del mundo, el eje del universo. No había ciudad más singular, más santa, más venerable en el mundo entero que Jerusalén. Los viñedos de color púrpura cuyas retorcidas vides cubrían las planicies, los bien labrados campos y los huertos multicolores estaban henchidos de almendros, higueras y olivos, y los verdes cañaverales de papiro se mecían perezosamente a lo largo del río Jordán: los judíos no sólo conocían y amaban profundamente cada aspecto de su tierra sagrada, sino que la reclamaban para sí toda entera. Todo, desde las granjas de Galilea, pasando por las suaves colinas de Samaria y hasta los lejanos alrededores de Idumea, donde la Biblia dice que antaño estuvieron las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra, había sido entregado a los judíos por el Señor, pese a que, de hecho, ellos no gobernaban ninguno de esos sitios, ni siquiera Jerusalén, donde era venerado el Dios verdadero. La ciudad que el Señor vistió de esplendor y gloria y situó, como declaró el profeta Ezequiel, «en el centro de todas las naciones» —la sede eterna del reino de Dios en la tierra— apenas era, al inicio del siglo I de nuestra era, una pequeña provincia del poderoso Imperio romano, y encima problemática, situada en un lejano rincón del mismo.

No es que Jerusalén no estuviera acostumbrada a las invasiones y ocupaciones. Pese al elevado lugar que ocupaba en el corazón de los judíos, la verdad es que Jerusalén era poco menos que una insignificancia, que se iban traspasando una sucesión de reyes y empera-

* También llamado valle de Hinon, derivándose ambos nombres de la palabra hebrea *ge-hinom* que significa «infierno». (*N. de la T.*)

dores, que se turnaban para saquear y expoliar la ciudad sagrada, mientras esperaban concretar ambiciones mucho más importantes. En el año 586 a. e. c., los babilonios —amos de Mesopotamia— arrasaron Judea y destruyeron completamente tanto Jerusalén como su templo. Los babilonios fueron conquistados por los persas, que permitieron a los judíos regresar a su amada ciudad y reconstruirla, no porque admirasen a los judíos o se tomaran en serio su religión, sino porque consideraban a Jerusalén un punto irrelevante, que no interesaba ni inquietaba a un imperio que se extendía por toda Asia Central (aunque el profeta Isaías agradecería al rey persa Ciro que lo ungiera como mesías). El Imperio persa, y Jerusalén con él, cayó ante los ejércitos de Alejandro Magno, cuyos descendientes impregnaron la ciudad y sus habitantes de cultura e ideas griegas. A la muerte de Alejandro, en el 323 a. e. c., Jerusalén se traspasó como botín de guerra a la dinastía ptolemaica, que la gobernó desde el lejano Egipto, aunque por poco tiempo. En el 198 a. e. c., la ciudad fue arrebatada a los Ptolomeos por el rey seléucida Antíoco el Grande, cuyo hijo Antíoco Epifanes se veía a sí mismo como dios encarnado, y se esforzó por acabar de una vez por todas con el culto al Dios judío en Jerusalén. Pero los judíos respondieron a esta blasfemia con una implacable guerra de guerrillas, liderada por los valientes hijos de Matatías el Asmoneo —los Macabeos— que recuperaron la Ciudad Santa de manos de los Seléucidas en el 164 a. e. c. y, por primera vez en cuatro siglos, restauraron la hegemonía judía en Judea.

Durante los siguientes cien años, los Asmoneos gobernaron la tierra de Dios con mano de hierro. Eran reyes sacerdotes: todos ellos eran al mismo tiempo reyes de los judíos y sumos sacerdotes del templo. Pero cuando estalló la guerra civil por el trono entre los hermanos Hircano y Aristóbulo, cada hermano intentó, absurdamente, pedir ayuda a Roma. Pompeyo tomó sus peticiones como una invitación a apropiarse él de Jerusalén, lo que puso fin al breve período de dominio directo de los judíos sobre la ciudad de Dios. En el 63 a. e. c., Judea se convirtió en un protectorado romano, y los judíos volvieron a ser un pueblo sojuzgado.

La dominación romana, que llegó después de un siglo de independencia, no fue calurosamente recibida por los judíos. La dinastía

asmonea fue abolida, pero Pompeyo permitió a Hircano mantener el cargo de sumo sacerdote, lo que contrarió a los partidarios de Aristóbulo, que iniciaron una serie de revueltas a las que Roma respondió con su brutalidad característica: incendiando pueblos, masacrando rebeldes y esclavizando a la población. Entre tanto, el abismo entre los hambrientos, endeudados y miserables trabajadores del campo y la rica clase social de la provincia que gobernaba Jerusalén creció aún más. La política habitual de Roma era forjar alianzas con los miembros de la aristocracia local en cada ciudad conquistada, haciéndolos depender de los poderosos caciques romanos, por su poder y riquezas. Al vincular sus intereses a los de las clases dirigentes, Roma se aseguraba de que los líderes locales estuvieran más que interesados en mantener el sistema imperial. Por supuesto, en Jerusalén, la «aristocracia local» significaba, en mayor o menor medida, la clase sacerdotal y, específicamente, el puñado de ricas familias de sacerdotes que mantenían el culto del templo y que, como consecuencia, eran los encargados por Roma de recaudar los impuestos y tributos y de mantener el orden entre la creciente población opositora, tareas por las que dichos sacerdotes eran ricamente recompensados.

La inestabilidad existente en Jerusalén entre los poderes religiosos y políticos hacía necesario que Roma mantuviera una minuciosa supervisión sobre el culto judío y, en particular, sobre el sumo sacerdote. Como cabeza del Sanedrín y «líder de las naciones», el sumo sacerdote era una figura de renombre, tanto religioso como político, con poder de decisión en todos los asuntos de culto, para hacer cumplir la ley de Dios, e incluso para ordenar detenciones, aunque sólo en las proximidades del templo. Si los romanos querían dominar a los judíos, tenían que dominar al sumo sacerdote, que es la razón por la cual, inmediatamente después de haber tomado el control sobre Judea, Roma asumió la responsabilidad de designar y depone (directa o indirectamente) al sumo sacerdote, transformándolo en la práctica en un empleado de Roma. El imperio incluso mantuvo la custodia de las sagradas vestiduras del sumo sacerdote, entregándolas únicamente en las festividades santas y días de celebración, y confiscándolas inmediatamente después de que las ceremonias hubieran concluido.

Aun así, los judíos estaban mucho mejor que otros pueblos sojuzgados por Roma. Los romanos admitían la mayor parte del culto judío, permitiendo que realizaran los rituales y sacrificios, sin interferencias. Los judíos incluso estaban exentos de rendir culto directo al emperador, algo que Roma imponía prácticamente a cualquier otra comunidad religiosa bajo su dominio. Todo lo que Roma le pedía a Jerusalén era el doble sacrificio diario de un toro y dos corderos en nombre del emperador y para mantener su buena salud. Mientras continuaran los sacrificios, se mantuviera la recaudación de impuestos y tributos y se respetaran las leyes provinciales, Roma estaba encantada de dejaros tranquilos a ti, a tu Dios y a su templo.

Al fin y al cabo, los romanos eran muy duchos en las prácticas y creencias religiosas de los pueblos sometidos. En la mayoría de los países que habían conquistado se permitía que se mantuvieran los templos sin molestarlos. Los dioses rivales, lejos de ser derrotados o destruidos, a menudo eran asimilados al culto romano (así es como, por ejemplo, el dios cananeo Baal fue asociado al dios romano Saturno). En algunos casos, en una práctica llamada *evocatio*, los romanos tomaban posesión de un templo del enemigo —y, por lo tanto, de su dios, porque ambos eran indisociables en el mundo antiguo— y lo trasladaban a Roma para honrarlo con ricos y devotos sacrificios en su honor. Estas exhibiciones estaban concebidas para enviar una clara señal de que la hostilidad de Roma no se dirigía al dios enemigo, sino a quienes combatían en su nombre: el dios continuaría siendo honrado y venerado en Roma si sus devotos deponían las armas y accedían a ser absorbidos por el imperio.

Aunque los romanos ya habían sido tolerantes en relación con los cultos foráneos, se mostraron más indulgentes si cabe hacia los judíos y su fidelidad a su único Dios, que Cicerón condenó como «bárbara superstición» del monoteísmo judío. Los romanos tal vez no entendieran el culto judío, con sus extrañas observancias y su abrumadora obsesión por la pureza ritual —«Los judíos ven profano todo lo que nosotros consideramos sagrado, mientras que permiten todo lo que nosotros aborrecemos», escribió Tácito—; no obstante, lo toleraron.

Lo que más perplejidad le causaba a Roma en relación con los judíos no eran sus ritos poco conocidos, o su estricta devoción a sus

leyes, sino más bien lo que los romanos consideraban su incomprensible complejo de superioridad. La idea de que una insignificante tribu semita, residente en un lejano rincón del poderoso Imperio romano, exigiera y, de hecho, recibiera un tratamiento especial por parte del emperador, para muchos romanos era sencillamente incomprensible. ¿Cómo se atrevían a considerar a su dios el único Dios del universo? ¿Cómo se atrevían a mantenerse aparte de todas las otras naciones? ¿Quiénes se creían que eran esos retrasados y supersticiosos nómadas? Séneca, el filósofo estoico, no era el único de entre la élite romana en preguntarse cómo era posible que «los vencidos hubieran impuesto leyes a los vencedores».

Para los judíos, no obstante, ese sentido de excepcionalidad no era un asunto de arrogancia u orgullo. Era un mandamiento directo de un Dios celoso, que no toleraba la presencia extranjera en la tierra que él había otorgado a su pueblo elegido. Ésa era la razón por la que, cuando los judíos habían llegado allí, unos mil años antes, Dios había decretado que masacraran a cada hombre, mujer y niño que encontrasen, que sacrificaran a cada buey, cabra y oveja que se les cruzara por delante, que incendiaran cada granja, cada campo, cada cosecha, cada cosa viva sin excepción, para asegurar que esa tierra únicamente pertenecería a quienes veneraran a ese Dios único y a ningún otro.

«En las ciudades que el Señor tu Dios te da en heredad —dijo Dios a los israelitas—, no dejarás con vida nada que respire, sino que los destruirás completamente: al heteo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, como Jehová tu Dios te ha mandado» (Deuteronomio 20:17-18).

La Biblia afirma que sólo después de que los ejércitos judíos «hubiesen destruido totalmente todo lo que respiraba» en las ciudades de Libna, Laquis, Eglón, Hebrón y Debir, en la zona montañosa y en el Negev, en las tierras bajas y en las colinas —sólo después de que cada individuo habitante anterior de esa tierra fuera erradicado, «como el Dios de Israel ha ordenado» (Josué 10:28-42)— se les permitiría a los judíos establecerse aquí.

Y ahora, mil años más tarde, esa misma tribu que había derramado tanta sangre para limpiar la tierra prometida de todo elemento

extranjero, para poder gobernarla en nombre de Dios, se encontraba bajo la bota de un poder imperial pagano, forzada a compartir la Ciudad Santa con galos, hispanos, romanos, griegos y sirios, todos ellos extranjeros, todos ellos paganos; obligada por ley a ofrecer sacrificios en el propio templo de Dios en nombre de un idólatra romano que vivía a miles de kilómetros de allí.

¿Cómo hubieran respondido los héroes antiguos a semejante humillación y degradación? ¿Qué les hubieran hecho Josué o Aarón, Pinjás o Samuel a los ateos que habían contaminado la tierra que reservó Dios para su pueblo elegido?

Hubieran inundado la tierra con sangre. Hubieran aplastado las cabezas de los paganos y los gentiles, reducido a cenizas sus ídolos, matado a sus mujeres y niños. Hubieran exterminado a los idólatras y bañado sus pies en la sangre de sus enemigos, exactamente como había ordenado Dios. Hubiesen instado al Dios de Israel a que desatara la guerra desde los cielos, para pisotear a las naciones pecadoras y hacer que las montañas se retorcieran ante su furia.

¿Y el sumo sacerdote, el miserable que traicionaba al pueblo elegido por Dios, a cambio de unas monedas y el derecho a zascandilear por ahí con sus centelleantes vestiduras? Su mera existencia era un insulto a Dios. Era una deshonra para el país entero.

Había que eliminarlo.